

WALDEN BELLO

Los dobles fracasos de la globalización

Se dice que en la política y en la guerra la sonrisa de la fortuna es siempre breve. Tras permitirle saborear brevemente el éxito de su campaña en Afganistán, la historia, astuta e inescrutable como de costumbre, ha asestado dos duros golpes al Gobierno de Bush: la implosión de la empresa Enron y la crisis de Argentina. Estas grandes debacles gemelas desafían con llevar de nuevo a la elite global a la crisis de legitimidad que amenazaba su hegemonía en el mundo antes del 11 de septiembre.

Forzosamente, Enron nos recuerda que la retórica del libre mercado es una estafa de las empresas. Al neoliberalismo le gusta expresarse en el lenguaje de la eficiencia y la ética del máximo bien para el mayor número de personas, cuando en realidad su cometido es promover el poder empresarial. Enron ensalzó generosamente los llamados méritos del mercado para explicar su éxito, pero, si se abrió camino hasta convertirse en la séptima mayor empresa de EEUU no fue por seguir la disciplina impuesta por el mercado, sino por desplegar estratégicamente efectivo puro y duro y en grandes cantidades. Literalmente, el grupo Enron compró su camino hacia la cumbre, derrochando cientos de millones de dólares en menos de una década, para crear lo que un hombre de negocios calificó para el *New York Times* como el “agujero negro” de los mercados energéticos liberalizados, en el que pudieron prosperar sin control sus estrategias financieras. Para asegurarse de que el Gobierno miraría hacia otro lado y permitiría que el “mercado” siguiera su curso, Enron fue generosa con quienes estaban dispuestos a servirla. Pocos ganaron más dinero que George W. Bush, que recibió alrededor de 623.000 dólares para sus campañas políticas, tanto en Texas como a nivel nacional, de su amigo Kenneth Lay, presidente del consejo de administración de la compañía.

La profunda implicación de Bush y de varios de sus lugartenientes más importantes —el vicepresidente Dick Cheney, el fiscal general John Ashcroft, el representante de comercio Robert Zoellick, el máximo asesor económico presidencial Larry Lindsey, entre otros— en la red empresarial de Enron, ha deshecho

Walden Bello es director ejecutivo de Focus on the Global South y catedrático de Sociología y Administración Pública en la Universidad de Filipinas. Miembro del Transnational Institute de Amsterdam (www.tni.org)

Traducción:
Berna Wang

la imagen de Bush, posterior al 11 de septiembre, de presidente de todos los estadounidenses, y nos ha recordado que es el presidente del consejo de gobierno de la "América empresarial". El escándalo Enron devuelve a los estadounidenses a la amarga *sozialpolitik* de los años noventa, cuando, como dijo el propio Bush en su discurso de toma de posesión, "parece que compartimos un continente, pero no un país". Es un regreso al contexto ideológico de la histórica campaña electoral de 2000, cuando el también republicano John McCain intentó, y casi consiguió, convertirse en el abanderado presidencial centrándose en una sola cuestión: que la financiación masiva de las elecciones por las empresas, que había transformado la democracia estadounidense en una plutocracia, debilitaba gravemente su legitimidad.

Globalización y corrupción

La globalización impulsada por las empresas es un proceso que se caracteriza por la corrupción masiva y subvierte profundamente la democracia. La petrolera Shell en Nigeria es un claro ejemplo. Decenas de empresas transnacionales y el Banco Mundial estaban implicados en la economía política del ex-dictador Suharto en Indonesia. Ahora, Enron desvela lo que Wall Street llamaba la "Nueva Economía", que colmó de recompensas a sórdidos operadores financieros, como esta empresa, mientras cargaba al resto del mundo los costes, como lo que está convirtiéndose en la mayor depresión económica mundial desde los años treinta.

Por eso, siempre se les ha dicho a los responsables del Banco Mundial que quieren aleccionarnos sobre el buen gobierno, que primero deberían decirle a Washington que ponga orden en su propia casa. La corrupción empresarial es central en el sistema político estadounidense, y el hecho de que sea legal y adopte la forma de "financiación de campañas" y se encauce a los políticos mediante "comités de acción política", no la hace menos inmoral que el "capitalismo de amigos" asiático. De hecho, la corrupción de Washington es mucho más dañina porque las decisiones de capital importancia compradas con masivos desembolsos de efectivo no tienen únicamente consecuencias nacionales, sino también mundiales. Los políticos corruptos del Tercer Mundo deberían ser ahorcados, descuartizados y desmembrados, pero hay que reconocer que las cantidades de efectivo y el grado de poder que tienen son calderilla en comparación con la escala de influencia con la que se trafica en Washington.

Argentina y la locura de la liberalización

Si Enron ilustra la locura de la desregulación más corrupción, Argentina es un ejemplo de la locura de otra faceta del proyecto globalizador empresarial: la liberalización del comercio y de los flujos de capital. Con 140.000 millones de dólares de deuda a instituciones internacionales, una industria inmersa en el caos y el descenso bajo la línea de pobreza de aproximadamente 2.000 personas al día, Argentina es un Estado digno de lástima.

Derribó sus barreras comerciales con más rapidez que la mayoría de los países de América Latina. Liberalizó su cuenta de capital de forma más radical. Y en el gesto más conmovedor de fe neoliberal, el Gobierno argentino renunció voluntariamente a todo control significativo sobre la repercusión en el país de una economía mundial volátil con la adopción de una junta monetaria, es decir, vinculando el peso al dólar. La dolarización, prometieron algunos tecnócratas, estaba cerca y, cuando se produjera, desaparecerían los últimos amortiguadores existentes entre la economía local y el mercado global, y la nación entraría en un estado de prosperidad permanente.

La doctrina de Summer

Todas estas medidas se adoptaron a instancias o con la aprobación del Departamento de Hacienda estadounidense y de su representante, el Fondo Monetario Internacional. De hecho, tras la crisis financiera asiática, cuando la mayoría de los observadores consideraba de forma creciente que el malo de la película era la liberalización de la cuenta de capital, Larry Summer, entonces secretario de Hacienda, elogió la venta realizada por Argentina de su sector bancario como modelo para el mundo en desarrollo: "Hoy, el 50% del sector bancario, el 70% de los bancos privados en Argentina están bajo control extranjero, frente al 30% de 1994. El resultado es un mercado más profundo y eficiente, y un mayor interés por parte de los inversores externos por quedarse." Los tecnócratas argentinos parecían decididos a superar a sus rivales chilenos en reverencia al mercado. Lo curioso es que lo hacían justo cuando los chilenos estaban empezando a cuestionar su eficacia en el área volátil de los flujos de capital.

Cuando aumentó el valor del dólar a mediados de los años noventa, aumentó el valor del peso, y eso hizo que los productos argentinos dejaran de ser competitivos tanto en el mercado mundial como en el local. Subir las barreras arancelarias para frenar la entrada de importaciones estaba mal visto, así que se pidieron grandes préstamos para financiar el desequilibrio de los pagos exteriores, que se ensanchaba peligrosamente, con lo que Argentina se endeudó aún más. Así, cuantos más préstamos pedía, más subían los tipos de interés, pues los acreedores estaban cada vez más alarmados ante las consecuencias de la desenfadada libertad de mercado de la que se habían beneficiado inicialmente.

Contrariamente a la doctrina de Summer, el control extranjero del sistema bancario no fue positivo. En realidad, el control extranjero sólo facilitó la salida de un capital muy necesario para unos bancos que cada vez eran más reacios a prestar al Gobierno y a los negocios locales. Sin crédito, las pequeñas y medianas empresas, y numerosas grandes, cerraron, dejando sin empleo a miles de personas.

De nuevo la receta errónea

Argentina acudió a su mentor, el FMI, para pedir un préstamo de miles de millones de dólares destinado a pagar los plazos que iban venciendo de los 140.000 millo-

*El Gobierno
argentino
renunció
voluntariamente
a todo control
significativo
sobre la
repercusión
en el país de
una economía
mundial volátil
vinculando el
peso al dólar*

nes de dólares de su deuda externa. El Fondo se negó a concederlo a menos que el Gobierno realizara duros recortes en los gastos públicos e impusiera una política monetaria estricta. Como ha señalado Joe Stiglitz, éste fue el error que cometió el FMI en Asia tras la crisis financiera: en lugar de reactivar la economía, el Fondo impuso un programa de lucha contra la inflación que aceleró la contracción de ésta. Parece que el Fondo es institucional e intencionadamente incapaz de aprender de sus errores, y Argentina es una razón más por la que debería ser abolido.

A Reginald Dale, el doctrinario columnista del libre mercado del *International Herald Tribune*, le preocupa que el desastre de Argentina pueda tener consecuencias negativas más allá de dicho país. Por ejemplo, un debilitamiento de la legitimidad del proyecto de globalización y un resurgimiento del populismo que imposibilite al Gobierno de Bush concluir con éxito el proyecto de Washington de Área de Libre Comercio para las Américas (ALCA).

Del movimiento contra la globalización dirigida por las empresas depende probar que Dale y la mafia Wall Street-Washington-Houston tienen razón, y no sólo en América Latina. Las debacles de Enron y Argentina tienen unas causas tan evidentes y son tan fáciles de explicar a los ciudadanos de todo el mundo que resultan una oportunidad perfecta para que el movimiento recupere globalmente el impulso que perdió el 11 de septiembre.